

Reflexión del Viernes Santo



Contemplemos a Jesús en la Cruz

La cruz es una palabra trágica, brutal, humillante. Es una condena. Es la muerte más dolorosa. Nadie elegiría una cruz para vivir ni para morir. La rechazamos. No queremos oír hablar de ella. Buscamos otras palabras, hablamos en otros términos... No podemos aguantarla, nos produce rechazo, escalofrío..., o simplemente indiferencia y desprecio.

Rechazo, porque nos humilla o molesta. Escalofrío porque nos duele. O simplemente indiferencia, porque es arcaico hablar de cruz cuando la ciencia o la cultura explican mejor nuestro dolor de otra manera.

Sin embargo, ahí está la cruz. Sin moverse, hincada en tierra. Sin cambiarse de sitio, por mucho que la demos de lado. En mitad de la vida, como si ocupase un lugar privilegiado.

Una cruz que nadie busca y todos tenemos. Porque la cruz es tan universal como respirar. Hay cruz para todos. Cada uno tenemos una cruz, la nuestra. Ahí está incrustada en medio de nuestra vida. Será de una forma o de otra. Será en mi cuerpo o en mi espíritu. Estará presente en mi trabajo o en mi convivencia, será algo íntimo o exterior. La forma es lo de menos. No importa tanto porque la cruz es una experiencia interior.

La llevamos puesta, encima siempre. Sobre nuestros hombros, soportando su peso. La cruz no se compra ni se vende, lleva uno la que tiene. Ahí está, la que te ha tocado en la suerte de la vida.

Nunca nos ponen una cruz que sea superior a nuestras fuerzas. La medida es la justa. La nuestra. A veces nos parece que es mayor, que se han equivocado con nuestra cruz y nos han dado la de otro. O pensamos que nuestro vecino tiene una cruz más fácil, más llevadera.

Todos tenemos nuestra cruz, sin poder evadirnos de ella. Forma parte de la vida. Es un ingrediente esencial. Así es, lo queramos o no. Podemos filosofar sobre ella, discutir sobre su origen y sus causas. Tratar de explicarla. Pero todo eso no mueve ni un ápice la cruz. Ahí está, en mitad de nuestra vida. La podemos hacer más llevadera, pero siempre tenemos que contar con ella.

LA CRUZ DE CADA DÍA

Ahí está, en medio de cualquier circunstancia diaria. La cruz nuestra de cada día.

Un día será la burla de los soldados, ajenos a nuestra vida. Sin darse cuenta ni pretenderlo, con su indiferencia o superficialidad, nos rompen las vestiduras, y se ponen a jugar con nosotros. Así nos duelen las incomprensiones y los rechazos de los demás.

En otra ocasión serán los maderos atravesados sobre nuestros hombros. Una carga pesada que apenas podemos soportar sin caer por tierra. Es la carga de tantas cosas que pesan sobre nosotros, y nos parece imposible dar un paso con ella. Caemos bajo su peso...una, dos y tres veces... Otras tantas nos levantamos porque la vida sigue... y tú tienes que seguir viviendo, y caminando aun con la cruz a cuestas.

Otro día será el despojo de tus vestidos, de tu fama, de tu honra, de tu derecho al respeto de tu nombre y de tu historia. Te humillarán, y te despojarán del valor de tu trabajo, de tu entrega, de todo...

Los clavos atravesarán tus manos y tus pies en otra ocasión. Y el dolor aparece cuando menos lo esperamos. Es el dolor físico de nuestro cuerpo, de nuestras debilidades físicas, de nuestros pequeños o grandes achaques.

Sería imposible enumerar la variedad de la cruz diaria. Cada uno de nosotros lo sabe bien. La experimentamos en lo más cotidiano y vulgar. De Jesús se burlaron..., se rieron cuando estaba colgado de la cruz. Le reprochan que no se baje..., que a otros salvó y ahora no puede hacerlo consigo mismo. Así sufrimos cuando otros se ríen de nosotros. Cuando se burlan de nuestras cosas..., de nuestros fallos y defectos, de nuestros trabajos y complejos...

También formó parte de tu cruz, Jesús, el abandono, la soledad, la sensación de que todos huyen dejándote desamparado. El abandono de tus amigos, de tus íntimos que te dejan solo, sin su calor y su compañía. ¡Cuánto sentimos la cruz del abandono! ¡Cómo nos duele...! Parece que agudiza su peso. Nos quedamos a la intemperie, sin cobijo. Sin amigos, sin personas queridas... Es una cruz más dura, más dolorosa. Porque una cruz compartida entre dos es más llevadera.

Contemplación de la cruz de Jesús y de nuestras cruces

1. Relájate, serénate y céntrate...
2. Miro mis sufrimientos... en todos los aspectos y niveles...
 - en el nivel corporal...
 - en el nivel emocional y afectivo...
 - en mi trabajo y tareas diarias...
 - en la convivencia...
3. Vivo los que ahora me afecten más...
4. Caigo en la cuenta de mi cruz..., mi cruz de cada día...
5. ¿Cómo la vivo?:
 - ¿Me cuesta?
 - ¿Me duele?
 - ¿La rechazo o la acepto?
 - ¿Me quedo solo con lo molesto de la cruz?
6. Mirar a Jesús, crucificado:
 - Contemplar la cruz y Jesús crucificado en ella..
 - Caer en la cuenta de sus sufrimientos en todos los niveles: Dolor físico, desgarrador, incomprensión, burla, abandono, humillación, soledad...
 - Tratar de identificarme con él..., de asimilarme a los sufrimientos de Jesús...
 - Desde esta vivencia de asimilación de Cristo crucificado... mirar mis propios sufrimientos, mis propias cruces... vivir y aceptar mis sufrimientos y mis cruces junto a Jesús.



LA CRUZ SALVA

Nuestra cruz es dura, es cruel. Es un dolor casi permanente. Puede ser sólo cruz de madera, destructora. Nos come por fuera y, sobre todo, por dentro.

Podemos vivir la cruz como una desgracia, como un mal aplastante que nos destruye. Es un mal. Claro que es un mal cuando lo comparamos con la "no-cruz". El dolor es un mal... si lo

comparamos con el "no-dolor". Pero ahí está. Implacable y de muchas formas: dolor moral o corporal, interior o exterior, personal o social individual o familiar, comunitario... Siempre está el dolor en nuestra vida. Es una experiencia real que todos sentimos.

Y tan real es la experiencia del dolor como el rechazo, la sensación de absurdo y de impotencia ante él. Quisiéramos quitárnoslo de encima. Que desapareciese. Sabernos que mucho podemos hacer a veces por evitarlo, aliviarlo o disolverlo... Pero a pesar de todo... sigue presente nuestra cruz, pequeña o grande, en mitad de nuestra vida.

La cruz forma parte de los ingredientes y de las circunstancias ordinarias. Todos sabemos mucho de ello, y hablamos entre nosotros de nuestra cruz y de todas esas situaciones que son pequeñas cruces del vivir diario.

La cruz sola, descarnada, es dura, cruel y destructora. Pero la cruz así, de madera..., sola, desnuda, no está completa. Por eso es destructora, porque sólo la vemos por detrás, al revés, de espaldas. Sólo es destructora y nos aniquila cuando está de espaldas, cuando no vemos a Jesús en ella. Porque desde Jesús, la cruz es otra cosa. Jesús cambió su signo negativo en positivo. Desde que Jesús estuvo en ella, cambió de signo el dolor y el sufrimiento, y lo convirtió en fuente de salvación.

El dolor, la cruz de cada día, esa que te agobia y te aplasta, puede ser fuente de liberación..., de salvación. Dale la vuelta, búscale el sentido profundo a esa situación, descubre el rostro de Jesús en ella..., y verás cómo el dolor y la cruz de Jesús pueden ser fuente de liberación y de paz.

En la cruz, desde que Jesús estuvo clavado en ella, podemos encontrar la paz, la liberación a tanta esclavitud. Podemos encontrar el sentido auténtico y profundo del dolor. En la cruz, clavado en ella, podemos encontrar a Jesús...

Sólo se descubre el misterio de la vida cuando se vive y se acepta la cruz como parte esencial de ella. No hay vida sin cruz, ni cruz que no encierre un germen de vida. Por eso encontraremos VIDA en la cruz, cuando contemplemos a Jesús clavado en ella..., y allí mismo, nosotros con él. Sólo con Jesús se puede vivir el misterio de la cruz. Esa cruz diaria, molesta, incómoda..., y esa cruz grande, esporádica..., esconde un misterio desde que Jesús vivió un calvario, una lanzada, una cruz...

El dolor y la cruz son fuente de salvación. Se han cambiado sus signos destructores por salvíficos. Es una gracia del Señor. Un regalo infinito del cielo habernos enseñado a descubrir alegría en la contrariedad, paz en el sufrimiento, amor y comprensión en la burla y la crítica, vida en la muerte.

Nuestra cruz, junto a la de Jesús, superpuesta a la suya, cambia toda nuestra historia. La cruz vivida con Jesús nos abre las puertas a la resurrección, a la vida verdadera y definitiva, a la vida en el Señor. "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11,25). Jesús es la vida, la resurrección. En Jesús encontramos sentido al misterio de la cruz. Incomprensible cruz; pero no por eso menos real y auténtica. Pero cruz salvadora, fuente de vida desde que Jesús estuvo clavado en ella.

Contemplemos a Jesús en la cruz... Contemplemos nuestra cruz, junto a la de Jesús. En su mirada y en su corazón descubriremos la vida y el misterio de nuestra cruz. Descubriremos la vida y la resurrección.